

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7½
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 249

Sevilla—Miércoles 29 de Octubre de 1902

AÑO XXVI

A don Nicolás Salmerón

Se va formando la opinión. El discurso de Almería y el discurso de Madrid han impresionado vivamente a los republicanos, y nobleza obliga.

La Unión republicana está partida en tres: revolucionarios de una parte, apellidados gubernamentales de otra, y entre ambos extremos fluctuando el Directorio, que condena ambas tendencias, pero que no se decide a convocar al pueblo para que en congreso soberano emita su fallo definitivo e inapelable.

Desde aquella hora en que usted, Sr. Salmerón, con su admirable palabra arrancó a la Asamblea el voto casi unánime para entregar la representación del partido en Cortes a la minoría republicana, que delegó en un Directorio que se sumó con algunos delegados del fenecido partido progresista, y llamó a su seno al Sr. Ezquerdo y a usted, han ocurrido dos disidencias: los ultraradicales de un lado y los conservadores de otro, sin que hayamos adelantado un paso, no obstante los esfuerzos y los arrestos de 1900 y de 1901, de los que no ha quedado otra cosa que los buenos deseos y los propósitos honrados de los que prestaron su firma y comprometieron su persona y su nombre.

Los que tal hicieron merecen bien de todos, y no hemos de escatimarles el aplauso. ¿Por qué fracasó aquello? Lo dirá la historia.

Pero es evidente que el Directorio, que hoy se esfuerza por fundar un diario que represente al partido republicano en la prensa y que sea de tales condiciones que pueda satisfacer las aspiraciones del republicanismo, y no ha dejado de la mano la labor revolucionaria, es evidente que se agita en el vacío; acaso por sus elementos componentes, tal vez por otras causas que no debemos analizar, tiene un vacío a su alrededor que no son bastantes a llenar los prestigios y la autoridad de dos de las personas que lo forman, porque los demás, siendo muy apreciables, ni tienen altura para eso ni cuentan con éxitos en su vida política para una dirección que les viene muy ancha.

La verdad desnuda hay que decirlo, porque en algo nos hemos de diferenciar de las componendas monárquicas y de la política al uso.

Usted, señor Salmerón, ha sido jefe del Estado, tiene usted una autoridad que todos reconocemos, se ha colocado usted en una actitud francamente revolucionaria, sin distingos ni atenuaciones.

Mejor que nadie puede usted apreciar la situación trágica de esta patria, más amada cuanto más oprimida, y el estado de depresión moral más acentuado cada día. Muestra, el proyecto de Montilla y la abolición de las escasas libertades que nos quedaban, con que nos amenaza un gobierno que de liberal y democrata blasona; usted, que se ha colocado en esa actitud gallarda, como español amante de la patria y como republicano amante de todos los derechos, tiene el deber indeclinable de acudir a ese Directorio de que forma parte, reclamando de él la necesidad de convocar inmediatamente en asamblea al partido republicano español, para que allí, en libre contienda, señale y determine su actitud y designe los caudillos que han de conducirle al triunfo definitivo de la causa de todos los progresos que como ninguna otra institución representa la democracia republicana.

Se acercan días más tristes y luctuosos que aquellos de 1898. Se aproxima una crisis que, resuélvase como se resuelva, ha de dar el triunfo para un período de pocos meses a los que proclaman el imperio del mauser al servicio del escapulario y de la frailesca cogulla, y es necesario que los varones fuertes, los hombres esforzados, los prestigios, en fin, de la democracia española, no sean sorprendidos una vez más por los acontecimientos, sino que se adelanten a los sucesos, y con las energías del revolucionario, con los arrestos del patriota y con las perspicacias del estadista, preparen la acción para salvar a la patria y para redimir a los ciudadanos; y usted, inexorable Sr. Salmerón, es el primero obligado, por lo que usted ha sido y por lo que la opinión reclama de usted.

A. A.

Murmuraciones

Los señores médicos titulares, que han estado celebrando asamblea en Madrid, no para resolver ningún problema científico, sino para luchar por un fin económico, cual es el de cobrar sus honorarios, porque muchos ayuntamientos se hacen los suecos, han estado a visitar al rey, para que, como funcionario supremo, interponga su influencia en favor de dichos señores.

El acto de los señores médicos titulares resulta un poco antipático.

Dichos señores, como personas ilustradas, no ignorarán que vivimos bajo un régimen constitucional, y no es al rey a quien hay que ir a pedir justicia.

Porque los señores médicos por un lado, y la alta clerecía por otro, tratan de personificar el poder, que no tiene, ó no debe de tener, otra personalidad que las Cortes soberanas y los ministros responsables.

¡A este paso va a estar de más hasta la policía!

Cuando algún traseunte observe que le han quitado el reloj, irá a contárselo al rey.

—¡Estamos sedientos de justicia!—dirán ellos. ¿Y quién no tiene la misma sed en este país?

Un diputado de la mayoría ha referido en el Congreso lo ocurrido en Valencia, y que no fué, como se dijo en un principio, durante las maniobras militares, sino del modo siguiente:

«Un soldado del regimiento de Vizcaya, cantaba vitoreando a la República. Habiéndole mandado callar un sargento de la compañía, y no habiéndole hecho caso, el sargento cogió un fusil, y con la culata dió al reservista un golpe en el costado y otro en la cabeza, cayendo el pobre soldado al suelo sin sentido.

Los compañeros del atropellado, indignados, increparon al sargento, llegando hasta amenazarle con los fusiles.

El sargento pidió auxilio, y acudieron varios oficiales y sargentos, logrando imponerse y dominar el conato de motín que en el patio del cuartel se había producido.

El herido fué trasladado en el carro del regimiento a Oliva, donde quedó muy grave, falleciendo a poco a consecuencia de una pulmonía traumática que de resultados de los golpes se le presentó.

En la refriega hubo algunos heridos leves y otros contusos.

Al llegar a Valencia fueron conducidos a prisiones, de orden superior, algunos revoltosos y el sargento autor de la muerte del desgraciado soldado.

Se asegura que hay otro soldado grave y algunos contusos.»

Aunque al suceso tiene gravedad, no lo es tanto como en un principio se supuso al creer que había sido durante las maniobras militares.

En Vélez-Málaga, un sujeto llamado Bonilla ha matado a una joven porque no le quería por novio.

Y aunque después se suicidó él, me va a dispendiar el Sr. Bonilla que le diga—aunque no se entere—que hizo una barbaridad.

¿Adónde vamos a parar por ese camino? Se puede ser enamorado y bruto, ¡pero no tanto!

Por el señor arzobispo de Zaragoza se han dado órdenes muy terminantes para suspender el acto que iban a hacer los católicos de ir a allí peregrinando. Parece que en Zaragoza no está el horno para cantos y latines por las calles, y el arzobispo, que es cauto, ha dicho:—Dejemos quieto por ahora el desagradio.— Es de creer, por lo visto, es de presumir, por tanto, que vendrán los peregrinos a su casa desolados, sin haber dado a la virgen los consiguientes descargos. Pero aun así, según dicen, hay que desollar un rabo.... ¡y es el rabo, que unos fieles ya tenían apretados varios fuertes donativos! ¡Los devolverán!—¡Es claro!— Si los devuelven, entonces la virgen habrá hecho un milagro.

Dentro de pocos días tendremos en Sevilla, según las noticias que han llegado a mis oídos, un instituto regido por profesores oficiales de la vecina República francesa. Parece que la numerosa colonia de france-

ses que están avecinados en las provincias andaluzas se dirigieron al Gobierno francés diciéndole:

—Señor: El Gobierno de la República francesa, con el levantado espíritu liberal que le distingue, está limpiando a la nación de la lepra católica y mercenaria que la venía pudriendo; y nosotros, súbditos é hijos de la noble Francia, por estar avecinados en la hermosa cuanto desgraciada España, nos vemos privados de poder dar a nuestros hijos la educación racional, sin mezcla de religiones positivas. Aquí en España las asociaciones religiosas lo absorben todo, y nuestros hijos han de mascar a la fuerza todos los milagros de la Santísima Trinidad. ¡No podría el Gobierno francés hacer por que nuestros hijos estudien en los libros oficiales de la Francia libre, ofreciéndonos a costear el profesorado?

La contestación—según todas mis noticias—ha sido:

—Busquen el local necesario. El gobierno francés nombrará el profesorado especial, y tendréis ahí vuestro Instituto. Los títulos que en él se otorguen tendrán validez en la nación francesa.

Estas son las noticias que tengo.

Si es verdad, lo siento por mi patria, la que, por estar atada al carro del Vaticano, verá mermados sus ingresos por educación y despreciada su enseñanza por atrasada, rutinaria y vaticanista.

¡Y vaya una honra para nosotros!

El Sr. Moret, contestando al Duque de Tetuán en el Senado, ha dicho:

«Acerca de los viajes del Rey, dice que han servido para engrandecer la figura del monarca. Cree que los cargos dirigidos al gobierno por el duque de Tetuán son infundados.

Declara que el gobierno cumplirá su programa, el cual se halla consignado en el discurso de la Corona.

Afirma que al salir el señor Canalejas del Gabinete, solo se marchó un hombre, quedando las ideas en lo que se refiere a la cuestión religiosa.»

Después de todo, el señor Moret tiene razón. Lo mismo cree el Sr. Canalejas en León trece que el Sr. Moret, y que el Sr. Sagasta.

Igual. Bastante le ha pesado a Canalejas su pinito de liberalismo.

Ahí lo tenéis ahora, arrepentido de su obra, y buscando un árbol en que ahorcarse.

Los respetables señores del Senado español, según un escritor que los conoce personalmente:

«Cierto es que al ser nombrados senadores vitalicios ó por derecho propio—pues de ambas categorías los hay en el caso que nos ocupa—acreditaron, los títulos correspondientes, la posición de fincas cuya renta alcanzaba los doce mil duros; pero de entonces acá esas fincas han ido desapareciendo por ventas y pactos de retro, hasta el punto de que hay senador—el individuo de la Mesa, por ejemplo—que, acosado por sus acreedores, ha declarado en carta confidencial a uno de ellos que se declara insolvente por no poseer bienes algunos.»

Eso no es nuevo en España. Sin embargo, es conveniente que se sepa para que los cronistas modifiquen eso de la Cámara de los próceres ilustres.

Y que digan la verdad. La Cámara de próceres ilustres (salvo los insolventes).

Que serán también ilustres, pero que no tienen una perra gorda.

Como yo, que ni soy ilustre, ni senador, ¡pero sí insolvente!

Dice un cura arrepentido:

«Jamás encontré a un cura en su casa leyendo ó entregado al estudio; ni en reunión alguna de clérigos ó hablar de ciencia, ni de arte, sino de lotería, destinos, mujeres y alto clero para desollarlo, ó de política pedestre, dilucidada a estilo de bañil.»

Y desde entonces, se despojó de los hábitos y se metió a fotógrafo.

¡Porque cuidado que hace buenas fotografías de sus excompañeros!

Dicen desde Lisboa:

«Es objeto de muchos comentarios el repentino viaje de la reina doña Amelia a París, que se dice no tiene otro objeto que el de acompañar a su marido el rey don Carlos a Inglaterra. Hay quien relaciona dicho inopinado viaje con la enfermedad del rey.

Otros temen que en breve se produzcan en Portugal graves trastornos.»

Y aquí sí que pega:

—Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar.

Dice Pepe Nogales en un artículo:

«Conozco una respetable familia que manda todos los años veinte mil duros al Papa. No la censuro. Cada cual puede hacer de lo suyo lo que quiera; pero... muchas veces pienso «por cuenta ajena», si en vez de veinte mil, mandase al Papa diez mil duros y con los otros hiciese algo en favor de los que viven sobre la tierra, sobre el dolor, ¡qué cosas tan magníficas estarían ya hechas!»

Pero dicha respetable familia tendría cinco mil duros menos de cielo.

Y, para ella, será más importante la otra vida, que es eterna y sin médicos, que ésta, que no dura más allá de una pulmonía doble ó sencilla. ¡Ya sabe dicha familia lo que hace!

CARRASQUILLA.

“La Dictadora”

(POR ANTONIO ZOZAYA.)

En nuestro querido colega *El Diluvio*, de Barcelona, encontramos el siguiente juicio crítico de la preciosa novela de Antonio Zozaya, juicio que transcribimos por hallarnos completamente conformes con la opinión del autor.

Dice así:

«La Biblioteca de Novelistas del siglo XX, que edita la casa Henrich, ha dado a luz otra novela. Detrás de Unamuno y Martínez Ruiz viene Zozaya, tres intelectuales que, después de haber recorrido en todas direcciones la región del pensamiento científico, bajan de las olímpicas alturas para mezclarse en los asuntos de la tierra, para pensar y sentir como hombres, recoger las palpitaciones de la vida social y fundirlas en el crisol de un juicio refinado por una superior cultura intelectual.

De lo dicho se desprende que estos brillantes trabajos no son propiamente novelas, en el vulgar sentido de la palabra, sino problemas sociales y filosóficos, planteados, ya que no resueltos, en vista de la palpitante realidad, que hace en este caso las veces de documento humano sobre la mesa de disección. El anatómico es ante todo hombre de ciencia, poeta solo por casualidad.

El señor Zozaya tiene una brillante historia en la república de las letras como fundador y director de la Biblioteca filosófica, que ha publicado en 69 volúmenes las obras maestras del entendimiento humano, sin distinción de escuelas ni de siglos. Saturado su espíritu del ambiente que se respira en las más altas regiones del pensamiento, sin perder ¡cosa extraña! la flexibilidad, la frescura que solo se adquiere en el contacto con la Tierra, se ha puesto así en condiciones para escribir un libro que es a la vez pasional y filosófico, ideal y real.

La *Dictadora* es la Naturaleza, cuyas leyes son irresistibles. Esta es la tesis que se trata de demostrar en la historia ó fabula de un hombre que libra descomunal batalla con los sentimientos más hondos del corazón, esgrimiendo las armas de un misticismo artificioso y convencional, que acaba por condenarle a la más tremenda derrota. Han explotado el mismo tema los más grandes escritores, desde Rousseau a Valera, desde Diderot a Zola y a Mirbeau, sin agotarlo nunca, porque su fecundidad es tan poderosa como las fuerzas de la Naturaleza.

De la ejecución no debemos hablar, ya por no consentirlo el espacio de que disponemos, ya por no creernos con autoridad suficiente para llevar a cabo esta tarea. Lo único que podemos anticipar es que la obra está salpicada de pensamientos profundos y alusiones científicas y literarias que revelan la vasta cultura de su autor. La avaloran también algunas situaciones profundamente dramáticas en que juegan los resortes de carácter más fino y espiritual, que sólo es capaz de sentir ó adivinar un hombre acostumbrado a ahondar en los terribles problemas de la existencia; todo ello expuesto en estilo abundante, riqueza de color y completo dominio del idioma.

Por lo que se refiere a la trama de la fabula, a la ilación del argumento, hemos de confesar que nos ha parecido entevada y con frecuen-

cia ilógica; llena de contrastes duros, saltos bruscos y alternativas chocantes; inverosímil en algunas de las situaciones más culminantes, y sobre todo en el lenguaje que se pone en boca de algunos de sus personajes, que trasciende mucho a lo que de ellos puede suponerse por su edad, su sexo ó su categoría social.

De esta última acusación, ó parte de ella, quiere sincerarse el autor en el epílogo, llegando con infantil candidez á pretender imbuir la idea, que ni aun como suposición poética puede prosperar, de que el relato es obra de una mujer, cuando todo en ella revela la mano de un hombre.

Así y todo, debemos felicitarlos de la aparición del libro y felicitar á la casa Henrich, que enriquece con estos periódicos trabajos la literatura española y aun la universal.

Excursión temeraria

Como aquellos célebres amantes de Aragón, Diego é Isabel se llamaban los míos, ó se llaman aún, pues no hace treinta años que sucedió lo que relatar quiero, y quizá continúen viviendo —aunque nadie lo sabe— en aquellas lejanas tierras donde se suponen fueron á parar.

Diego era hijo de un antiguo labriego de Gascuña, y más tarde acaudalado propietario, D. Julio, hombre poco delicado de sentimientos, positivista y como advenedizo, escaso de saber; Isabel, hija de una señora que vivía en la misma calle que D. Julio, era pobre, de buena y distinguida familia, pero por azares de la suerte vino muy á menos en posición social; su padre, D. Ramiro, fué, en vida, un excelente abogado y también un jugador muy vicioso, y su madre, débil y complaciente, sumisa y temerosa, dejóse perder el pequeño patrimonio que aportó á su enlace.

Diego, educado en un colegio de escolapios, no conocía en los ratos que le dejaban libre sus estudios, mas mundo que su casa, la calle donde vivía, el paseo donde le llevaba alguna que otra vez su padre ó su aya (pues su madre murió al darle á luz), la casa de Isabel (pues ambas familias se trataban de antiguo, porque D. Ramiro había solventado algunos pleitos de D. Julio en los negocios á que éste se dedicó y por los que hizo su fortuna), y el campo, donde muchas veces había jugado con Isabel en la finca de su padre, finca desde la cual se podía contemplar el mar.

Diego, apuesto, gentil, gallardo, demostraba ya desde niño aficiones románticas, como verdadero gascón; Isabel, en sus rasgados, grandes y bellos ojos, denotaba la mujer que todo era ternura, amor, dicha para su elegido.

Y como ocurre en casi todos estos casos, se amaron.

Su pasión, desde que eran niños, desde aquellas correrías por el campo, libres, sueltos, ocultos á las miradas de sus respectivos mayores, que no prevenían que tal franqueza, tal intimidad, podía tener ulteriores y graves consecuencias, creció cada vez más; y así, si cuando se conocieron y principiaron á quererse parecía vislumbrar aquello nada más que una gran amistad como cosas de niños, en que el de más edad sólo contaba once años, luego, ya mayores, á los veinte, en que la inocencia de los primeros años desaparece con el conocimiento del pudor en la mujer y en la conciencia del amor en el hombre, las ocasiones de comunicarse escaseaban, y era por causa de que la privación enardece más la pasión, demasiado fuego el que se había acumulado en sus corazones; era una bomba muy cargada, era un globo muy henchido, era una máquina á mucho vapor, era una nube muy pesada, y forzosamente tenía que estallar, que reventar, que destruirse, que deshacerse en tremendo trueno.

D. Julio, cuando vió á su hijo algo crecido, quiso, aunque respecto á dinero ninguna falta le hacía, que estudiara una carrera, y éste optó por la del mar.

Allí, en las soledades, admirando la inmensidad del espacio y la grandeza del mar, elevando en su mente himnos al Creador y orando á Dios por su deseado bien, ocupaba continuamente su pensamiento el amor, la idolatría que sentía por Isabel; mientras ésta, en el reducido espacio de su alcoba, en el pequeño mar de su grande ilusión, únicamente sentía latir su corazón á impulso de una eterna pasión por el marino.

No podía Diego contenerse por más tiempo; el mar, el cielo, el espacio, la soledad, habían exacerbado su ansia, su impaciencia; y esto, unido á su propio carácter romántico, caballeresco, independiente, le indujo á estallar de una vez,

contando punto por punto á su padre sus amores por Isabel en una de las veces que terminó uno de los viajes que hacía.

Más ¡nunca tal hubiera hecho! ¡Horror de los horrores! ¡Casarse con una mujer que no contaba con qué vivir! ¡Dónde se había visto tal! ¡Imposible, jamás, nunca! ¡Fuera tan pobre ideal! ¡Oh, cuánta falta te hacen, joven é inexperto marino, muchos viajes, tanto por el mar de las aguas como por el mar del mundo!

¡Vuelve á que las olas refresquen tus sienes, que el aire oree tu cabeza, loco!...

Así, pero en más ruda forma, fué la contestación que D. Julio dió á su hijo; mas éste insistía y juraba que, únicamente por aquel amor, deseaba vivir. Muy agria fué la disputa que sostuvieron, tanto, que casi fué arrojado Diego de la casa.

Por su parte, la madre de Isabel no permitió á ésta, cuando también le contó sus amores, la más pequeña observación sobre el asunto... ¡Pues no faltaba más!... ¡Una descendiente de familia tan ilustre, tan aristócrata, descender hasta casarse con un plebeyo, con un cualquiera!

Bien está la amistad, pero no hasta tal punto; ¿habráse visto?...

Y el trueno á que antes aludí se oyó.

Una noche en que una tormenta horrorosa se sintió en la ciudad y en que los cimientos de ésta, al parecer dormida, se agitaban y retemblaban al compás de la agitación y retremblar de los elementos en el espacio; en que la refulgente luz de los relámpagos iluminaba, además del firmamento, la aparente destrucción de la tierra como una macabráica visión; en que el estallido del trueno y la vívida lucidez del rayo estremecían de horror, de miedo, de espanto, las más duras rocas; en que la procelosa lluvia barría las montañas, desbordaba los ríos, inundaba los valles; en que el mar, excitado y nervioso, bramaba con terrible é imponente son, hundiendo embarcaciones, tragando naufragos; en que el huracán destrozaba con su atroz furia cuanto obstáculo encontraba á su paso; esa noche en que todo era llanto, dolor; esa noche, temor de los creyentes y espanto de los criminales; esa noche, que al mismo Satán hubiese aterrorizado; esa noche, sin miedo á la tormenta, desafiando la tempestad, retando al cielo, con el alma en Dios, alejándose á toda vela, luchando con el furor de los elementos, con las embravecidas olas, una pequeña embarcación, y en su escondido camarote se oía, contrastando con el bronco y terrible sonido del cielo, con la atroz y horripilante música de la tempestad, un cántico dulce, apasionado, sentimental, hermoso, celestial, divino, de dos seres que los entonaban en el supremo goce del amor.

¿Naufragaría la corbeta? ¿Arribaría á puerto seguro? ¿Sería el término de su viaje los profundos abismos del mar ó una tierra lejana donde no reinasen las crueldades ni los odiosos egoísmos y entorpecimientos que se ponen en la tierra por nosotros habitada á la religión del amor?

Nada se sabe; ninguna noticia se recibió de los fugitivos amantes; pero lo más probable sería que encontrarán, bien en el mar, bien en la lejana tierra, la felicidad que inútilmente y de ningún modo y manera hubieran aquí logrado.

N. M. S.

De actualidad

Los amigos de Montilla dicen que el proyecto sobre difamación lo ideó y lo redactó Moret, aceptándolo aquél por indicaciones de Sagasta.

La reorganización del Ministerio de Marina no se implantará hasta que se redacten los reglamentos.

Soriano se ocupará en el Congreso de los incidentes del viaje regio, proyectándose una proposición incidental, pidiendo que el Congreso declare haber visto con disgusto las faltas de consideración con que se trató á los representantes del país.

El *Liberal*, ocupándose del debate en el Senado, censura á Moret por sus afirmaciones graves.

También censura á Lopez Dominguez y su discurso lleno de flores de trapos, que aplaudió la mayoría, calificando las manifestaciones del general, de cosillas y minucias.

Dicen de la Unión que en Vardorell han sido embargados los bienes del patrono D. Joaquín Pérez, parándose el trabajo en cuatro minas y quedando sin trabajo más de 200 obreros, á quienes se adeudan meses de jornales.

En manifestación pacífica visitaron al Alcalde y la prensa.

Nombróseles un abogado que los defienda.

En el Congreso:—Lerroux ocupase de la suspensión del servicio telegráfico en Berna, para impedir que hablase un elevado personaje.

Moret niega importancia á la discusión. Fernando Gasset ocupase de la manifestación habida el domingo en Castellón, donde se vitoreó á D. Carlos y la República.

Moret lee telegrama negando importancia. El incendio fué casual.

Gasset insiste en que la manifestación fué carlointegrata. Sanz protesta.

Accediendo al deseo de varias comisiones, mañana la *Gaceta* publicará orden armonizando las ordenanzas del reglamento de guardería rural.

París: Confírmase el viaje del rey de Inglaterra á Francia, donde permanecerá algunos días.

En breve publicará la *Gaceta* un decreto concediendo dos meses para que informen las Cámaras de Comercio sobre sindicatos de regentes.

Le *Journal* dice que el Papa preparó una Bula reformando los sistemas de anulación de matrimonios.

Estas serán gratuitas.

Viena: Los aldeanos de Ruthenia (Galitzia) saquearon el castillo del conde de Laukorouk, acusando á éste de crueldad con sus labradores.

París: en el Consejo de ministros Loubet manifestó su creencia en que haya arbitraje entre mineros y patronos.

Acordóse la supresión temporal del obispo de Orleans por publicación de un folleto contra el gobierno.

Se ha ampliado hasta el 31 del actual el plazo para las redenciones á metálico.

Silvela considera funestas para nuestro crédito las doctrinas del preámbulo del decreto relativo al affidavit.

Berlín: Desmiéntese que Guillermo y el czar visiten á Victor Manuel.

En las secciones el proyecto sobre el affidavit fué discutidísimo, impugnándolo extensamente Silvela, Villaverde, Osma y Gómez Acebo y defendiéndolo los candidatos ministeriales Rodríguez y Romanones.

Hasta ahora el cólera en Jerusalem ha causado 343 víctimas.

En el debate político del Senado, Tetuán combate al Gobierno y el turno de los partidos.

Establece parangón con la política extranjera enalteciendo á Waldeck Rousseau.

En extensos períodos se ocupa de temas análogos á los de López Domínguez, abogando por la concentración.

Tetuán censura que Sagasta presida el Gabinete hallándose enfermo. Lamenta que Moret no gobierne como habla.

La segunda parte de su discurso lo dedicó Tetuán á criticar todos los actos del gobierno.

Contestóle Moret diciendo que la pretendida concentración carece de programa y de arraigo en la opinión del país.

Respondiendo á la crítica, expuso los trabajos que ha realizado el Gobierno en las cuestiones social, política y religiosa.

La mayoría aplaudió varias veces. Interviene Azcárraga y queda en el uso de la palabra para mañana el marqués de Luque.

El cabildo eclesiástico de Santiago reunióse á consecuencia de los rumores sobre supresión de la diócesis, acordando que el cardenal vaya á intervenir en el debate religioso.

Lisboa.—En breve se reunirá el Consejo de Estado para resolver si debe continuar la regencia de la reina en vista de la prolongación de la ausencia del rey.

Llegó á Wildpark el príncipe heredero de Dinamarca.

Recibióle el emperador Guillermo, príncipes y varios generales.

El emperador saludó cordialmente; tributáronle honores.

Londres.—La Cámara de los Comunes desechó el planteamiento del debate sobre la situación de Irlanda.

En el mismo tren que Silvela llegó el vicepresidente de la Argentina.

Esperábase Veragua, Almodóvar, un ayudante del Rey, la embajada argentina y numerosas comisiones.

Recibimiento cariñoso. Hospédase en el Hotel París, donde es visitadísimo.

El trigo en huelga

CRÓNICA

No soy casi nada; semilla ligera, fruto menudito, brizna de hierba en el surco, grano dorado en la espiga, polvillo blanco en el molino, apenas basta para festín de un insecto y no llevo ni á satisfacer el apetito de un gorrión. Tengo en mi pequeño la inocencia humilde del campesino y disfruto un lugar imperceptible en la Naturaleza, á ras de tierra, ignorado de los grandes vegetales orgullosos que prestan sombra al suelo y que crecen, enormes y musicales, hacia las nubes como góticos campanarios.

Soy tan delicado y modesto que por mí mismo nada valgo y casi no existo; es preciso que seamos muchos, que nos reunamos una centena formando la espiga para que nos contemplan con cierta consideración; un tallo de paja nos eleva algo sobre el nivel del suelo; salimos del terruño como un penacho, divisamos cuanto nos rodea y la brisa al pasar nos dobla en corteses reverencias. Porque al elevarnos seguimos siendo modestos y benignos, siempre poca cosa, tan poca que cualquier vagabundo rozosa sin pensar y de su roce morimos. A nuestro lado las amapolas inclinan sus tocas pequeñas y rojas, las margaritas entrecierran sus blancas estrellas, los azulejos sus pétalos, y en medio de tantas coquetías permanecemos sencillos, rubios, tímidos, medrosos, y los escarabajos rosados trepan por nuestros tallos como por mástiles de cuecaña. ¡Qué más, si ni siquiera tenemos barba como los centenarios venerables de la fanega cercana!

Pero si nuestra importancia aumenta un poco en la espiga, llega á ser en extremo considerable por la asociación de éstas y universalmente respetada cuando logramos formar un campo. Nuestra misera personalidad desaparece; adquirimos la fuerza de la multitud y nuestro enjambre idílico cubre la tierra; todos y todo son á hacernos lugar; el hada tala la selva sombría; los soberbios vegetales retroceden, é insignificantes por nosotros mismos, llegamos por el número al poderío de un elemento.

Nuestras espigas ondulantes se asemejan á un mar rizado hasta los confines del horizonte; nos combaten como á un ejército con grandes y curvas hoces y la mano del hombre no basta; nos sieganos aventan, nos trituran con máquinas complicadas, y el agua, el viento, el vapor, todas las grandes fuerzas son necesarias para reducirnos á polvo. Este polvo mismo es preciso. ¡Somos la vida de la humanidad, el pan del hombre!

Entonces nuestra importancia crece hasta la hipérbole. Nosotros, los humildes y olvidados granos de trigo, desempeñamos principal papel en la política; somos para los economistas los influyentes cereales, en las Bolsas nos codeamos con el oro, pensamos sobre el destino de los imperios y catamos las revoluciones. Por nosotros los hombres se matan; la sangre corre por el trigo.

...Y á nuestra humildad campestre, á nuestra alma crédula y tierna la entristece, en vez de engullecerla, esta humana hecatombe. El valor que los hombres nos conceden no lo queremos, pues procede de las necesidades de todos y del sufrimiento de los pobres; lo menospreciamos con toda la energía de nuestra fuerza bienhechora y dulce. Quisiéramos multiplicarnos, poner nuestra fecundidad natural á su merced, ofrecerles nuestra abundancia y prodigalidad; tan solo unos cuantos somos origen de un tesoro, de mil tesoros sin fin, bastantes para asar al más hambriento, para ahitar al mundo. Y en cambio no pedimos más que algunos signos de inocencia!

Pero no; los hombres se obstinan en sus crímenes; el interés ciego de algunos pone trabas á nuestro desarrollo; nos suprimen el espacio, nos desorientan, desalientan á los labradores para que no lancen á la cuna; y las leyes intervienen para encarecernos. Se ligan para restringir nuestra ubérrima labor, nos hacen abortar, y para colmo se baten por nosotros. ¡Por nosotros, tan pacíficos, los pueblos se celigan y se odian, se crean ejércitos y armadas y se establecen aduanas y tributos!

La cólera nos invade al fin, y dando de mano bondad y modestia ante la maldad de los hombres que nos fuerza, bien á pesar nuestro, á ser objetos luero y causas de muerte, olvidamos que nuestro sueño tranquilo es dispensar á todos gratuitamente la vida, como el cielo otorga el aire y el sol su luz, y hemos decidido rebelarnos. Nuestra naturaleza amigable no puede soportar por más tiempo este papel de discordia y para evitarlo nos declaramos en huelga en toda la superficie del globo. Permaneceremos ocultos en el terroso surco, suplicaremos al rayo que nos pulverice, al granizo que nos cacoma, al sol que nos calcine, para convertirnos en paja inútil y estéril.

¡Y los hombres hambrientos comprenderán! ¡Comprenderán la inanidad de sus reyertas, la mentira de sus intereses, la puerilidad de su orgullo! Como nosotros, se estimarán en poco; como nosotros, adivinarán que nada valen sino en común, por la asociación fraternal todos, y la humanidad no será más que un hombre, como una espiga.

Así no tendrán á menos labrar la tierra, uniéndose para sembrar, en vez de separarse para combatir. Y nosotros, lanzados, profusamente, con ma-